

Elena Oliva

**La participación de intelectuales indígenas y afrodescendientes
en el campo literario centroamericano: una mirada comparativa a su estado de avance**

Universidad de Chile

me.oliva@gmail.com

En las últimas décadas, en América Latina se han impulsado diversos proyectos cuyo objetivo es realizar historiografías literarias con pretensiones continentales en algunos casos, como el proyecto de Ana Pizarro *–Hacia una historia de la literatura latinoamericana de 1987–*, y regionales en otros, como el centroamericano *–Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas*, con varios volúmenes desde el 2008–. Más allá de los éxitos o fracasos de estas propuestas –ninguna se ha considerado como definitiva y tampoco se han dado por finalizadas–, lo interesante de ellas es que se han hecho cargo de una serie de aspectos metodológicos que involucran no sólo la historia y la literatura, sino la posibilidad de avanzar hacia proyectos académicos inclusivos e incluyentes, que promuevan el diálogo entre diversas disciplinas, intelectuales, generaciones, géneros y etnias.

Pensar un proyecto académico de esta envergadura supone el reconocimiento de una realidad, la literaria, la intelectual y por extensión la cultural, que es diversa, de modo que el desafío es cómo vincular lo distinto, cómo reunir las diferencias para no excluir. Ana Pizarro en su propuesta señala que no basta con considerar criterios geográficos, lingüísticos o políticos aisladamente para dar cuenta de un proceso que involucra a varios actores, distintas épocas y que se relaciona con otros procesos histórico sociales, es decir:

a la literatura de los conquistadores europeos –españoles, portugueses y otros– como a la literatura escrita en latín por los jesuitas expulsados a fines del siglo XVIII y publicada en Europa; tanto a la del Caribe latino como a las literaturas en lenguas indígenas; a las del Caribe no latino, como a las literaturas del exilio masivo de los últimos años, escritas en lenguas diversas (23).

La autora pone el acento en relaciones históricas comunes, en desarrollos culturales similares, y por lo tanto, en temáticas, problemas y articulaciones coincidentes en el plano literario.

Si bien la posibilidad de pensar el conjunto –en este caso, latinoamericano– está dada por procesos compartidos, por otro lado el reconocimiento de esta necesidad nos habla de la existencia de su opuesto. Es decir, si la propuesta es avanzar hacia un corpus que incluya literaturas diversas, se entiende entonces que lo que ha existido ha sido excluyente. La marginación de una región, de un país, de un grupo social, de un sector político o de un grupo étnico del ámbito cultural, en tanto forjadores de saberes; del campo intelectual, como generadores de conocimiento; o del espacio literario, como escritores/autores/intelectuales, está relacionado con las asimetrías de poder que se reproducen también en estos espacios. En la propuesta de historiografía literaria centroamericana este aspecto ha sido incorporado al momento de definir el concepto de lo literario, que supone “el texto, las condiciones de producción, divulgación y recepción, la literatura como institución y la función de la literatura en su devenir histórico” (Mackebach xv). Esta mirada, que trasciende el espacio de la obra en sí y avanza hacia la relación de la literatura con la sociedad, supone

incluir en [el] estudio del fenómeno literario el análisis de las relaciones entre el campo de poder, el campo cultural y el campo literario en los diferentes tiempos, sus intersecciones, transgresiones, entretreídos y separaciones, sus interrelaciones y contradicciones (Mackebach xv).

A partir de lo anterior se puede deducir que las mujeres, los indígenas, los inmigrantes, los afrodescendientes y los hablantes de lenguas no latinas, en tanto sujetos marginados, en tanto

temáticas desplazadas y en tanto protagonistas de procesos que por no hegemónicos no han sido considerados en el desarrollo literario latinoamericano en general, resultan ahora importantes de restituir al momento de realizar historiografías literarias. Sin embargo, el llamado no es sólo a su inclusión sino a reflexionar sobre la función literaria de estos textos y autores, así como su inserción en los circuitos de producción y difusión.

En Centroamérica varios trabajos e investigaciones apuntan, directa o indirectamente, en esta dirección, siendo de mi interés aquellos que se han hecho cargo de las llamadas literaturas indígena y afrocentroamericana. El análisis de esta literatura resulta atractivo por varias razones: remite a grupos importantes, porcentualmente hablando, de la población del istmo –sobre todo en el caso indígena–; permitiría, según la definición de literatura por la que se opte, incorporar las tradiciones orales de ambos grupos; y agrega un elemento más al análisis, ya que junto a la variable de poder, en estos casos, también debe considerarse la raza.

Los tres puntos anteriormente señalados son relevantes porque cada uno de ellos da cuenta de una forma de exclusión –en tanto público lector, en tanto literatura oral y en tanto escritores/autores/intelectuales del campo literario– que, en buena medida aunque no únicamente, se origina en la relación entre construcción nacional y literatura. Desde el siglo XIX la literatura se transformó en un instrumento al servicio de la construcción nacional llevada adelante en los países centroamericanos –y latinoamericanos en general– por las elites de poder. La cooptación de la literatura para estos fines –y me refiero a su función social y a literatura escrita– tuvo como consecuencia la formación de un campo que si bien es autónomico, hegemónicamente funcionó reproduciendo las dinámicas de la sociedad en el que está inserto, de modo que así como los indígenas quedaron relegados a la memoria histórica y al pasado que se debe superar, y los afrodescendientes fueron negados como parte de las naciones nacientes, en la literatura fueron personajes marginales, estereotipados y prejuiciados, temas subordinados a los principios nacionalistas –unidad y homogeneidad– y prácticamente inexistentes como escritores/autores/intelectuales de este ámbito. A esta exclusión colaboró, y por ello requiere mención especial, el

idioma español, asumido como oficial por todas las ex colonias borbónicas. Sobre esta discusión y para el caso guatemalteco, Beatriz Cortez señala:

La literatura como parte del proyecto de la nación moderna no surgió para ser un proyecto inclusivo a través del cual pudieran expresarse los diferentes grupos étnicos y culturales que la habitaban. La literatura surgió en el contexto del liberalismo, como parte de un proyecto de la nación imaginada por los criollos a partir de una perspectiva eurocéntrica. (420).

De este modo, se desarrolló una literatura y un campo literario donde predomina y es legitimado lo escrito y en español, quedando porcentajes no menores de la población centroamericana fuera tanto del ámbito de acción como de recepción de este campo.

La variable raza que antes mencioné juega un rol fundamental en estos procesos. Por cierto que la inferiorización de personas con un fenotipo distinto al blanco se origina y extiende desde tiempo coloniales; no obstante, el fin del colonialismo y la creación de Estados nacionales no significó su erradicación, ni desde el punto de vista ideológico ni desde el práctico. La idea de la humanidad dividida en razas se profundizó durante el siglo XIX alcanzando su máximo esplendor a fines del mencionado siglo con las teorías del evolucionismo social y del positivismo racialista, y el racismo, es decir, “un tipo de comportamiento que, basado en las razas, se manifiesta en odio o desprecio hacia grupos con características físicas distintas a las del grupo que lo ejerce” (Oliva 14), generalmente con el propósito de mantener ciertos privilegios, continuó practicándose y adaptándose a cada momento histórico. El racismo es comprendido aquí no sólo como una forma de violencia, como lo señala acertadamente Edgar Esquit, sino como un *habitus*, al decir de Pierre Bourdieu, en la medida que es una práctica estructurada –que como tal ha permanecido en el tiempo–, y a la vez una práctica estructurante –que es dinámica, en el sentido que no siempre se ha racializado a los grupos humanos de la misma forma– (ver Oliva). El racismo lo considero una práctica enquistada en las sociedades latinoamericanas, que funciona como una estructura organizativa más y que, en esa medida, también influye en campo literario, intelectual y cultural.

En el ámbito literario, donde más se hace patente la exclusión por racismo es en la ausencia o escasa presencia de escritores/autores/intelectuales indígenas y afrocentroamericanos. Beatriz Cortez en su artículo “Racismo, intelectualidad, y la crisis de la modernidad en Centroamérica”, relata una experiencia que es del todo significativa en este sentido:

[L]a presentación de la reedición de la tesis de Asturias me hizo reflexionar sobre mi propio papel como intelectual que forma parte de una academia inscrita dentro del contexto de un proyecto de modernidad, aunque lo haga de forma crítica. Mientras escuchaba la presentación de la reedición de la tesis de Asturias pensaba que irónicamente este evento se celebraba en un país donde la mayoría de la población es indígena y en un congreso donde los participantes indígenas podían contarse con los dedos de mis manos. (436)¹.

La observación de Cortez respecto a la escasa participación de indígenas en el marco de un congreso literario en un país mayoritariamente indígena, resulta interesante si se la contrasta con la información que nos entrega una de las recientes propuestas de historiografía literaria en Centroamérica; me refiero al *Diccionario de la Literatura Centroamericana*, publicado el año 2007 en coedición entre la Editorial Costa Rica y la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA). Este trabajo, resultado de una investigación de carácter regional, reúne a cuatrocientos ochenta autores, entre narradores, poetas y dramaturgos, jóvenes y consagrados. Se trata, por tanto, de un importante texto informativo y panorámico del campo literario centroamericano en el que se cuentan sólo nueve autores reconocidos e identificados por los investigadores como parte de un grupo étnico: Humberto Ak’abal (quiché, Guatemala), Maya Cu (Ciudad de Guatemala, Guatemala), Luis de Lion (Kakchiquel, Guatemala), Rigoberta Menchú (Maya-Quiché, Guatemala), Víctor Montejo (Huehuetenango, Guatemala) y Aristeydes Turpana (Kuna, Panamá) en el caso indígena; y Eulalia Bernard (Limón, Costa Rica), Quince Duncan (Limón, Costa Rica) y Gaspar Octavio Hernández (Panamá) en el caso afrodescendiente. Este dato cuantitativo ratifica la observación de Cortez, evidenciando la escasa participación y reconocimiento de estos grupos en el campo literario.

¹ Se refiere a la siguiente actividad: “En abril del 2007 se celebró en la ciudad colonial de Antigua Guatemala, en el

Los motivos de tan limitada participación son múltiples y en muchos aspectos exceden al campo literario mismo, respondiendo más bien al funcionamiento de nuestras sociedades, de modo que sería injusto señalar que sólo en el campo literario no se legitima como tales a los indígenas y afrodescendientes. La marginación a nivel societal no sólo hace que estos grupos se encuentren entre los más pobres, sino que además impide que tengan un acceso igualitario a diversos espacios sociales, como la educación formal, requisito fundamental para ser parte de un ámbito donde el carácter de “letrado” es la llave para ingresar.

La conclusión a la que me conduce la reflexión de Cortez y los datos obtenidos del *Diccionario de la Literatura Centroamericana*, sumado a lo antes expuesto, me permiten entonces justificar el objetivo que me propongo desarrollar en este artículo: explorar la participación de escritores/autores/intelectuales indígenas y afrodescendientes en el campo literario centroamericano. Las literaturas indígenas y afrocentroamericanas han sido pensadas en su especificidad en el marco de proyectos de historiografías literarias que, como se ha visto, sólo últimamente se han desarrollado considerando la diversidad cultural, generacional, de género y nacional en el istmo. Dentro de lo que se ha hecho sobre el tema, destaca la investigación de Marta Zavala y Seidy Araya, titulada *Literaturas indígenas de Centroamérica*, publicada el año 2002 por la Universidad Nacional de Costa Rica, y en el caso afrocentroamericano, los trabajos del escritor costarricense Quince Duncan. En ambas propuestas me propongo revisar los conceptos de literatura, historia, grupo étnico –indígena, afrocentroamericano– y de región –Centroamérica/América Central– que están planteados, las consideraciones sobre la periodización y la lengua, y especialmente la inclusión de escritores/autores/intelectuales indígenas y afrocentroamericanos en estos trabajos.

De literaturas indígenas a autores indígenas: ¿un desplazamiento del presente o un tardío reconocimiento?

En el ámbito literario de Centroamérica la presencia indígena no es una cuestión novedosa y tampoco un fenómeno reciente, ni temática ni autorialmente hablando. En el texto *Literaturas indígenas de Centroamérica*, resultado específico de una investigación incluso mayor –de las literaturas latinoamericanas–, las autoras señalan que su propósito ha sido aportar un documento de perspectiva integradora no sólo de lo indígena al plano literario, sino de los distintos tipos de literatura indígena que existen en el istmo: escrita, oral, visual, de autor no indígena, de tradición comunal y de autor individual indígena, que desde un punto de vista histórico conforman un corpus literario. Es por ello que el libro se titula “literaturas”, así en plural, permitiendo dar cuenta de una totalidad que no es homogénea, que puede encarnar tensiones por un lado, y afinidades por otro, pero que está vinculada.

¿Cuáles son los conceptos de literatura e historia que están contenidos en este texto? ¿Qué es lo que le entrega vinculación a este corpus? Con respecto a la idea de literatura involucrada en esta investigación, las autoras señalan que “nuestra opción teórica considera que la ‘literatura’ puede existir tanto en la oralidad como en lo escrito, así como se puede afirmar que no toda escritura es ‘literaria’” (Zavala y Araya 18), de modo que:

Partimos de la noción más amplia de que se dispone en la actualidad: es la expresión artística por medio del lenguaje oral o escrito, el arte verbal. Se comprenden entre las manifestaciones artísticas verbales, todas aquellas formas de lenguaje que sirven para transmitir y enseñar valores estimados de la vida social en una cultura dada, constituyendo textos que ayudan a la conformación de pautas de comportamiento. (18).

Se desprende de lo anterior que la literatura en sus múltiples formas cumple un rol social, axiológico y cultural como transmisor de las ideas e ideales legitimados de una determinada sociedad. A esta definición compleja de literatura, las autoras incorporan una perspectiva histórica “que permite anudar el pasado precolombino con el presente indígena centroamericano,

así como la literatura indígena propiamente dicha con la literatura de autor no indígena, que usa materiales indígenas de base” (15). Su apuesta, por lo tanto, es ambiciosa, puesto que busca considerar un corpus ampliado desde la definición literaria como desde los tiempos históricos implicados.

Ahora bien, las delimitaciones del estudio están dadas por el espacio geográfico y por los materiales literarios calificados de indígenas. Tal como lo señala el título del libro, las autoras utilizan la denominación geográfica-cultural de Centroamérica, idea que remite a los cinco países que en el período colonial integraron la Capitanía General de Guatemala –Guatemala², Honduras, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica–, más Panamá y Belice. La diferencia con el término América Central es que éste aglutina sólo a las cinco provincias coloniales. No obstante estas diferencias, las autoras a lo largo del estudio usan indistintamente ambos conceptos, aunque aclaran que Belice queda fuera “por su reciente incorporación al área” (Zavala y Araya 15). Por lo tanto, el estudio considera el área cultural mesoamericana maya y mexica, correspondiente a la zona norte de istmo, y las denominadas zonas central y sur, o tierras bajas.

Lo indígena, otro concepto presente en el título, es el principal eje articulador de la investigación definido por las autoras como:

una opción incluyente que tiene en cuenta tanto los textos que proceden de recopilaciones de intención científica, hechas en las comunidades, como la herencia indígena que procede de los textos recopilados a lo largo de los siglos por diversos agentes (religiosos, viajeros, maestros, entre otros) (18).

A partir de la vinculación de estos conceptos, el texto se organiza en seis capítulos, más un prólogo, una introducción, conclusiones y anexos. En el capítulo I las autoras dan un panorama geográfico y espacial de distribución de las culturas indígenas del istmo, destacando además los modelos de organización política y cultural de las diferentes etnias; las diversas lenguas que han existido para cada cultura; y los sistemas de escritura, en donde destacan los códices.

² Cabe mencionar que Chiapas, actualmente parte de México, era entonces parte de Guatemala.

Luego de este panorama general, en los capítulos II y III analizan los períodos precolombino, conquista y colonia en relación a las literaturas mayas primero, y mexicas después. A las literaturas mayas –quiché, cakchiquel y yucateca– le dedican bastante espacio en el texto, principalmente a la obra narrativa *Popol Vuh* y sus varias traducciones, a la pieza teatral *Rabinal Achí* y el *Baile de la Conquista*, y a los libros del *Chilam Balam*. En el caso de las literaturas mexicas, se detienen en otra pieza teatral llamada *El Güegüense*. Los textos revisados en ambos capítulos son los que han adquirido el estatus de clásicos indígenas.

En el capítulo IV las autoras se dedican a situar las tradiciones orales de la región en relación a su valor literario. A la literatura oral indígena le dan gran cabida e importancia en el estudio ya que aporta mitos, relatos de creación, perspectivas religiosas, y también poesía. Además, en este tipo de relatos las autoras señalan que se encuentran vestigios del contacto de los pueblos indígenas con los europeos, así como con los afrodescendientes.

Los capítulos V y VI se detienen en la literatura escrita. En el capítulo V se muestra la relación entre la literatura indígena y la canónica. Cabe destacar que aquí por literatura indígena se entiende un tipo de literatura que tiene como tema el mundo o las problemáticas de los indígenas pero cuyos autores no se reconocen ni son entendidos como parte de alguna etnia. Se inscriben acá las narrativas –entre ellas el testimonio– y la poesía. El último capítulo lo titulan “La nueva literatura indígena”, en donde repasan los textos y publicaciones más actuales, destacando narradores como Rigoberta Menchú y Luis de Lion, y poetas como Humberto Ak’abal.

Según lo arriba descrito, el texto sigue una periodización cronológica que avanza desde tiempos precolombinos, pasando por la conquista, colonia, independencia y vida republicana, hasta el actual período transnacional. No obstante la linealidad temporal, la división de capítulos combina esta periodización con zonas culturales y tipos de literatura, considerando más de un período en cada capítulo, de modo que no se trata de un libro que privilegie una perspectiva diacrónica en su organización. Por el contrario, la estructuración por la que las autoras optaron le entrega al lector una visión de conjunto de las literaturas indígenas de Centroamérica.

Finalmente y con respecto al idioma, las autoras señalan que “[n]uestra formación y la imposibilidad de manejar el conjunto de lenguas indígenas de la zona nos llevaron a decidir el uso de traducciones al español” (17), y por lo tanto a una publicación en el mismo idioma.

Ahora bien, y siguiendo el objetivo de este artículo, ¿cuál es el lugar que en este texto tienen los autores indígenas? Si volvemos a la definición de literatura indígena que entregan las autoras, encontramos que lo que se delimita como tal son textos en donde la autoría indígena –o la voz, si se quiere– está mediada por un otro no indígena. Incluso en el caso de los textos clásicos en los que se desconoce una autoría y se asume una colectividad, destacan traductores no indígenas. No obstante, el tema autorial no está ausente, pues en el capítulo VI del libro las autoras incorporan no sólo textos que tematizan lo indígena sino textos de autores que se reconocen como tales. A partir de esta vinculación –pues cabe aclarar que no todo autor indígena tiene que necesariamente reconocerse como tal y/o escribir sobre temas indígenas– introducen una diferencia que es importante: literatura indígena de autor individual y literatura indígena venida de la tradición comunal. Esta distinción es sumamente relevante porque permite restituir la pertenencia de ciertos textos considerados anónimos a un determinado grupo indígena, y reconocer otras formas de validación más allá de la difundida e impuesta por el renacimiento europeo que gira en torno al individuo, es decir, a la autoría como una cuestión netamente personal, interna.

Con respecto a la literatura indígena de autor, las autoras señalan que se trata de un fenómeno reciente muy vinculado a los procesos sociales de la región durante la segunda mitad del siglo XX y en la que los pueblos indígenas han tomado protagonismo. Sobre ello, señalan:

La aparición de escritores y poetas indígenas individuales que reivindican un lugar para su escritura en calidad de autores, es un fenómeno, si no nuevo, por lo menos más reconocible y enfático en el momento actual. Se trata de un paso diferente que rompe el anonimato comunitario de las recopilaciones. La voz de poetas indígenas empieza a aparecer en antologías y poemarios. Y ya no es un indígena que borra su identidad tras las formas y el lenguaje de un movimiento estético en boga, sino un escritor que reivindica un lugar en el campo estético para sí y para una sensibilidad que procede de presupuestos culturales autóctonos. (312).

Esta observación permite constatar al menos dos cuestiones. En primer lugar, se señala que la existencia de autores indígenas no es un fenómeno necesariamente nuevo, y que lo novedoso es más bien el reconocimiento de dicha existencia. Sin embargo, las autoras no profundizan en este punto y aunque mencionan que en general este tipo de literatura ha estado marginada, así como los pueblos indígenas a los que remite, lo cierto es que no problematizan los procesos de legitimación en el campo literario e intelectual del que en la actualidad escasamente forman parte. ¿Qué es entonces lo que ha cambiado en el campo literario? ¿Hay nuevas estrategias de legitimación? Si es así, ¿cuáles son? ¿Funcionan autónomicamente o van de la mano con otros procesos sociales, políticos y culturales de reconocimiento? ¿Por qué canales sus textos son publicados y difundidos? ¿Cuál es el público objetivo de estos autores y sus producciones literarias? Son algunas inquietudes que se desprenden de esta idea.

En el capítulo VI dedicado a lo que han denominado “La nueva literatura indígena”, es posible encontrar nombres de autores indígenas y sus producciones más relevantes, desarrollando un extenso y profundo análisis de los textos escogidos. Sin embargo, no se detienen en la relación texto-contexto que permitiría dilucidar en qué condiciones se produce, cómo se insertan sus textos en los circuitos de legitimación y en los de circulación, cómo han sido recibidos por el público lector y por sus pares, con quiénes discuten sus propuestas, etc. La consideración de estos aspectos me parece relevante por el mismo motivo que ellas señalan para el caso de la literatura indígena precolombina:

[R]esulta extraño que aún en la actualidad ciertos estudiosos duden de la existencia de una literatura indígena [...] La negación del estatuto literario a los textos indígenas, sean de fuente oral o escrita, tiene explicaciones que se remontan al carácter europeo y etnocéntrico de las culturas nacionales latinoamericanas, así como a las tradiciones y prácticas de exclusión social y cultural del indígena. (19).

Cabría agregar que no sólo a los textos, sino también a los autores indígenas se les ha negado estatuto literario, y en este caso no se trata de una exclusión teórica que aferrada al

estructuralismo reclama la muerte autorial, sino que asistimos a la discriminación en el campo literario de un sujeto histórico.

En segundo término, en la cita se alude a un sujeto que reivindica un lugar en el campo estético y literario desde su propia condición indígena. ¿Cuál es esa condición? Al parecer tendría únicamente relación con “presupuestos culturales autóctonos”, es decir, se trataría del reconocimiento de una cultura que les es propia y que se diferencia de la dominante, como puede ser la nacional. Pero creo que hay algo más todavía; es el reconocimiento de una condición que encarna no sólo aspectos culturales, sino una determinada memoria, una determinada identidad y una determinada historia, que ha sido la de los vencidos, la de los condenados de la tierra al decir de Fanon, la de los grupos subordinados y, por lo tanto, de una memoria no conocida por la sociedad mayor y de una identidad negada. Es una condición indígena que reclama una reivindicación cultural, pero también política. Y esta cuestión nos conduce a la pregunta por lo que significa “lo indígena”. Este concepto es problemático y aún cuando esté ligado al concepto de literatura y busque hacerse cargo sólo de lo relativo al campo estético, lo cierto es que difícilmente puede escapar a su peso histórico específico.

Lo primero que se puede mencionar sobre esto es que “indígena” –y más específicamente “indio”– es una denominación colonial, que nace vinculado a la experiencia de la conquista y colonización de América, y por ende, a procesos de dominación, esclavitud y deshumanización a los que son sometidos los aborígenes del continente; y aunque a lo largo del período se avanza hacia estatutos que lo definen como un tributario y lo alejan de la categoría de esclavo, mantuvo una carga peyorativa que comparte hasta hoy con el sujeto negro. Con el paso a Estados nacionales, los indígenas fueron vistos como los otros atrasados a los que había que eliminar para avanzar en el camino civilizatorio. A comienzos del siglo XX esta idea cambia al surgir el indigenismo, que como propuesta –política estatal y también literaria– no buscó deshacerse de ellos, sino propiciar su mezcla con el resto de la población para avanzar hacia sociedades homogéneas, unificadas en lo mestizo. Esta idea de “mejorar” la raza fue de la mano con otra que supone lo indígena asociado al pasado, a lo retrógrado, a lo que debe superarse, perpetuando la

mirada exotizante e inferiorizadora hacia ellos. Tal vez hoy, y luego del amplio y fuerte movimiento indígena desarrollado en las últimas décadas del siglo XX podemos considerar el concepto de indígena con una carga valórica positiva, en tanto alude a un grupo portador de derechos específicos, culturalmente rico y a una historia de marginaciones que a nivel discursivo al menos es rechazada socialmente. Lo que intento señalar con este breve repaso es que “indígena” es un concepto histórico que ha ido mutando a través del tiempo y en ese sentido la literatura que lleva el apellido de indígena también asumirá diferentes valoraciones a nivel social y a nivel estético, según el momento histórico del que se trate.

Al considerar estos aspectos, sostengo que más que una “aparición” de autores indígenas en el campo literario, se trata efectivamente de una aceptación de ellos en tanto escritores/ autores/intelectuales. La legitimación de estos autores y su trabajo en este campo por cierto que se debe a consideraciones estrictamente estéticas y que responden a la calidad de las obras, pero también es posible y necesario tomar en cuenta: 1) los tiempos actuales en los que el reconocimiento de la diversidad se alega como derecho desde distintos frentes de la sociedad; 2) la conformación de un campo intelectual contemporáneo cuyos miembros están más abiertos y receptivos; 3) el acceso a educación formal, particularmente universitaria, sobre todo aquella que ha permitido el paso por instituciones académicas de prestigio.

A lo largo del libro y por la manera en que se encuentra organizado, pareciera que como lectores asistimos a un desplazamiento desde una literatura indígena hacia una literatura de autoría indígena. Sin embargo, las autoras diferencian entre textos que utilizan materiales indígenas de base y otros que son elaborados por indígenas; entre estos últimos, vuelven a diferenciar entre aquellos provenientes de la tradición comunal y de autores individuales. Si aceptamos esta última categorización, entonces tendríamos que consentir que no estamos ante un desplazamiento, sino frente a un tardío, pero finalmente justo reconocimiento. No obstante, la terminología no es clara y tal vez sería más preciso avanzar hacia un concepto de literatura indigenista que se entienda como una literatura de autor no indígena pero que utiliza este tema como insumo para sus producciones, y que se diferencia de una literatura propiamente indígena,

cuya autoría puede ser comunal o individual, colaborando simbólicamente en la restitución de un ámbito literario propio y de la condición de escritor/autor/intelectual.

La visibilización inconclusa: literaturas y autores afrocentroamericanos

La situación de la literatura calificada de afrocentroamericana corre por un carril distinto al de los indígenas, aunque se enmarca en un proceso que los vincula. En primer lugar, sólo recientemente las poblaciones negras han comenzado a ser consideradas como parte integrante de los territorios nacionales y de la región centroamericana, de modo que a diferencia de los grupos indígenas, no sólo basta su reconocimiento, sino que han debido dar una lucha previa: mostrar su existencia histórica en el istmo.

Es necesario partir por este punto porque para reflexionar sobre la participación de estos grupos y su producción en historiografías literarias hay que considerar cuál ha sido su rol en la historia y en la literatura de la región, y lo cierto es que a nivel general, las poblaciones negras han sido negadas, siendo mucho más largo el camino para lograr pleno reconocimiento. En el caso indígena, y permítanme la digresión, si bien el reconocimiento se ha movido zigzagueantemente desde un reconocer para eliminar, pasando por un reconocer para mezclar, hasta un deseable reconocer desde la diferencia, lo cierto es que nunca estuvo en cuestión su existencia; los indígenas son los aborígenes, pero los afrodescendientes son los recién llegados.

Esta situación ha empezado a cuestionarse en las últimas décadas del siglo XX y desde diversas disciplinas se han llevado a cabo investigaciones que buscan rehacer la historia de la región incorporando la presencia de estos grupos. Lowell Gudmundson desde la perspectiva historiográfica discute esta supuesta inexistencia, señalando:

[A] veces parece que poco ha cambiado en cuanto a la comprensión de parte de la población mestiza, ladina, o típicamente “nacional”, de su propia historia y de sus raíces africanas y afroamericanas.

¿Adónde encontramos africanos y afrodescendientes en Centroamérica entonces? Dondequiera que encontramos españoles, o aquellos que pudieron calificarse así durante los siglos anteriores a la supresión de

los distingos de casta. Dondequiera que hallamos la producción comercial de ganado o caña de azúcar, de hecho cuando se trata de comercio de larga distancia, de mulas y provisiones al Sur hacia Panamá, de grana y cochinilla hacia el Norte. Donde estos españoles tenían suficiente ingreso y pretensión social para contar con más de una o dos sirvientas domésticas. Donde los primeros invasores españoles trajeron consigo sus auxiliares esclavos y tuvieron hijos mulatos con sus sirvientas, muchos de cuyos descendientes se encontrarían entre la élite colonial un siglo o dos más tarde. Donde hubo minería, como en Panamá y Honduras, que permitía una esporádica importación de esclavos. Y por supuesto, por todas las costas del Atlántico, donde se localizan las únicas poblaciones afrodescendientes, según el imaginario social de los ciudadanos contemporáneos del Istmo, ya sean los Garífuna en el Norte, los jamaquinos en el Sur, o los Miskitu de por medio.

Si hemos descrito arriba algo así como tres cuartas partes de los territorios nacionales centroamericanos, con una cobertura del litoral pacífico casi tan amplia como la del atlántico, ¿cómo es que para las mayorías mestizas de hoy sólo aquellas poblaciones del Atlántico que (supuestamente) no hablan español como primer idioma figuran como afrodescendientes?

Hay que abandonar cualquier esquema basado en simples conspiraciones racistas tendientes a aislar y oprimir a los afrodescendientes. (S.p., párr. 6-9).

De la cita de Gudmundson se puede deducir que lo negro, en tanto presencia, ha estado en toda la región y que su existencia data de los tiempos de la conquista, por lo tanto su influencia en la formación de la sociedad y cultura centroamericanas es tan extendida y profunda como la de españoles e indígenas. Pero también se desprende que hacerse la pregunta por su existencia revela la situación de discriminación y racismo hacia estos grupos, llegando incluso a invisibilizarlos totalmente.

Un hito en las investigaciones sobre las poblaciones negras de Centroamérica lo constituye el libro *El negro en Costa Rica*, realizado por el historiador Carlos Meléndez y el literato Quince Duncan. Publicado en 1971 por la Editorial Costa Rica con el propósito de conmemorar el centenario de la llegada de inmigrantes de origen jamaquino, en su mayoría, para la construcción

de un ferrocarril que conectara la zona caribeña con el resto del país, este libro se ha transformado en una referencia ineludible en el estudio de este tema.

El libro se divide en una introducción conjunta, seguido de dos ensayos de corte histórico a cargo de Meléndez, para finalizar con el ensayo de Duncan. Luego, completan el libro una serie de pequeños ensayos, catorce en total y reunidos bajo el título de “Antología”, que buscan hacerse cargo de temas que o no fueron tocados en los tres ensayos principales, o lo fueron muy superficialmente. Los dos ensayos históricos con los que arranca el texto se dividen en “El negro en Costa Rica durante la Colonia” y “Aspectos sobre la inmigración jamaicana”. En ellos hay un énfasis en el dato duro, en la información de archivo histórico, que permitan afirmar científicamente la presencia de este grupo en el país. El último ensayo, que es el de Duncan, titulado “El negro antillano: inmigración y presencia”, de alguna manera retoma históricamente el origen de la llegada de los inmigrantes jamaicanos a Costa Rica y avanza hasta el año 2003,³ dando cuenta de los más variados aspectos de la vida de este grupo: vivienda, vestido, religión, medicina, educación y lengua. El énfasis de este ensayo no es histórico y más bien se mezclan elementos literarios, sobre todo por la estética de su escritura, con datos estadísticos y aspectos testimoniales, pues en varios pasajes el autor relata su propia experiencia como limonense.

Este libro, a diferencia de la propuesta revisada para el caso indígena, no se trata de un proyecto de historiografía literaria. *El negro en Costa Rica* es uno de los pocos y primeros intentos en el istmo por dar cuenta de la diversidad étnica de la región, más allá de los españoles e indígenas. Su objetivo es principalmente difundir un conocimiento legítimo sobre la existencia de población de origen africano en el país a la vez de dar a conocer los aportes culturales de este grupo al conjunto nacional. Pese a ello, este texto lo considero aquí un punto de inflexión, un hito que marca el inicio de un trabajo que ya va no a discutir si los negros han formado parte de la sociedad, pues asume que sí lo ha hecho, sino a investigar el rol que estos grupos han tenido en las sociedades centroamericanas, y en el caso de Quince Duncan, en el ámbito cultural y

³ Para esta presentación se trabajó con la onceava edición del libro, correspondiente al año 2005, que conserva la versión original pero agrega dos breves reflexiones más recientes, tituladas “El negro en la Costa Rica del 2002”, y “La provincia en el 2003”.

específicamente literario. Esto nos conduce a considerar una segunda diferencia con los grupos indígenas, pues no existe para el caso afrocentroamericano una investigación similar a la desarrollada por Magda Zavala y Seidy Araya. Lo que encontramos son intentos aislados por analizar el papel intelectual de los negros en el istmo, motivo por el cual destacan Duncan y sus textos, de modo que para cumplir los objetivos de este artículo consideraré dos breves ensayos, pero claves para estos fines, de la Antología que se encuentra en el libro *El negro en Costa Rica*, titulados “El negro en la literatura costarricense” de Álvaro Sánchez M., y “La tradición oral del afrocostarricense” de Quince Duncan, más dos ensayos que se incluyen en uno de los volúmenes del proyecto de historiografía literaria centroamericana⁴, titulados “El corazón del desarraigo: la primera literatura escrita afrocostarricense” de Anacristina Rossi y “Corrientes literarias afrocentroamericanas” de Quince Duncan.

El último ensayo mencionado es el que, a diferencia de los demás, concentra una perspectiva de conjunto: mirada regional, propuesta de periodización, categorizaciones en torno a este tipo de y consideraciones idiomáticas. Por lo tanto, constituye el eje que organizará este análisis y que permitirá desarrollar los objetivos de este artículo en el caso de las literaturas afrocentroamericanas.

Por literatura, o más bien obra literaria, Duncan entiende que se trata de “una expresión artística que se ocupa de la realidad imaginada” (“Corrientes literarias” 514), es decir, es una propuesta de visión de mundo que el autor ofrece a la colectividad y que surge en un contexto histórico concreto, pero su función en tanto obra no es la reproducción o representación fiel de la realidad; “la obra literaria es arte. Es creación” (514), y por ende se mueve en el plano ficcional.

Dentro de esta definición de literatura, el autor considera tanto la tradición escrita como la oral y géneros como el ensayo, la narrativa, la poesía y el teatro. El lugar que Duncan le entrega a la tradición oral es significativo; considera, por ejemplo, que “la historia de la narrativa oral es mucho más extensa que la de la narrativa escrita” (515), y sin embargo, es la que ha sido menos investigada. Sobre este tema, Duncan tiene algo más que decir, pues ha sido en Costa Rica uno de

⁴ Me refiero al volumen editado por Valeria Grinberg Pla y Ricardo Roque Baldovinos.

los pocos que ha trabajado la literatura oral y afrodescendiente en torno a uno de sus personajes más conocidos: el Hermano Araña, o Anancy. De hecho, en su ensayo “La tradición oral afrocostarricense”, Duncan publica dos cuentos –“Caballo de trote” y “Captura del Hermano Araña”– resultantes de una investigación hecha por él y cuyos relatos “[f]ueron contados a viva voz por limonenses y grabados y transcritos con los cambios formales de tipo literario, necesarios a la hora de traducirlos del dialecto limonense al castellano” (La tradición 224). Antes de presentarlos, Duncan informa al lector quién es Anancy y de dónde proviene, en un claro gesto que indica que el breve ensayo, así como el libro *El negro en Costa Rica*, están dirigidos a un público mestizo.

De lo anterior se desprende otro aspecto importante: el idioma. Aunque Duncan en ningún momento argumenta su opción idiomática –lo revisado en este trabajo sobre el autor está escrito en español, pero sabemos que él también ha publicado en inglés– claramente muestra que las poblaciones afrodescendientes de Costa Rica, por lo menos las que se encuentran en la zona de Limón, hablan un idioma diferente, un tipo de *creole* de la rama del inglés, de modo que para entenderse con el resto del país es necesaria la traducción. En *El negro en Costa Rica* Duncan señala que el español es muchas veces el segundo o tercer idioma de los limonenses, lo que los distancia de los estadounidenses afincados en la zona y del resto de la población hispanohablante, y esto genera la necesidad de traducir. Sin embargo, en este libro uno de los breves ensayos pertenecientes a la Antología está publicado en inglés, y en investigaciones más recientes, como los ensayos de Anacristina Rossi antes mencionado y el de Dorothy E. Mosby, titulado “‘Nuevos nómadas’: Negritud y ciudadanía en la literatura centroamericana”, ambos publicados en 2008, se utilizan textos en inglés de autores afrodescendientes cuyas referencias e incorporaciones no se traducen, indicando una aproximación diferente a textos escritos en otros idiomas. Se podría argumentar que entre los investigadores existe una disposición distinta, de bilingüismo si se quiere, que puede estar motivada por la opción de no traducir con el propósito de no perder la riqueza de los textos originales, o para considerar a los grupos no hispanohablantes dentro de su público lector. Como sea, indirectamente promueven una actitud activa de acercamiento o incluso

de integración, pero en otra dirección, desde la sociedad mayor hacia estos grupos, y no al revés como hasta ahora se había planteado.

En lo que respecta a la definición histórica, Duncan considera una perspectiva de larga duración, dividida en tres períodos: el colonial, el de formación de Estados nacionales y economías agroexportadoras y el período contemporáneo. De éstos, fecha sólo el segundo período entre 1821 y 1950, que es el que desarrolla en el ensayo, dejando pendiente el primero y el último y también los argumentos en los que sustenta estos cortes, quedando la duda si la periodización propuesta responde a factores extraliterarios o a variantes propiamente estéticas.

Otro aspecto que se debe considerar es el espacio geográfico cultural de la literatura afrocentroamericana. *El negro en Costa Rica* si bien es un estudio que se circunscribe al ámbito nacional, lo cierto es que desliza en varios pasajes una mirada regional; se mencionan vínculos históricos con Bluefields en Nicaragua, religiosos con Belice y migratorios laborales con Panamá. En el ensayo “Corrientes literarias afrocentroamericanas”, Duncan utiliza explícitamente el término Centroamérica. Y el ensayo de Mosby, quien a pesar de analizar autores y producciones de Nicaragua, Costa Rica y Panamá, dejando fuera a Guatemala, Honduras y Belice, desde el título propone una mirada regional. En términos generales, se puede deducir que se opta por el concepto de Centroamérica, el que es más inclusivo e integrador en cuanto a procesos históricos.

Ahora bien, ¿qué es lo que Duncan define entonces como literatura afrocentroamericana en su ensayo? Hay tres categorías: una oral; otra que denomina “literatura sobre negros” y que remite a aquella “escrita por personas que toman a las personas negras y sus experiencias como tema, a partir de las cuales crean sus personajes y tramas” (“Corrientes literarias” 515); y finalmente, una tercera que es una “literatura de negros’ escrita por propios escritores afrodescendientes, que toman a las personas negras y sus experiencias como motivación y tema para sus personajes y tramas” (515). Así, la literatura afrocentroamericana se divide en una de carácter exógena, que comprende “la corriente negrofílica, el negrismo naturalista, la negrofobia, el socionegrismo y el negrismo crítico” (“Corrientes literarias” 517), en donde es posible

encontrar estereotipos inferiorizados, luchadores sociales, hasta personajes no caricaturizados sino complejos en tanto seres humanos. Por otro lado hay una literatura endógena oral o de “West Indies”, en donde destacan los relatos limonenses antes señalados, la literatura de los Garífunas, la de toda la zona caribeña centroamericana e incluso la de San Andrés y Providencia, en Colombia. La literatura endógena escrita, por su parte, se divide en literatura afrofóbica, del exilio y afrorealista, que comprende autores que si bien son afrodescendientes, sus producciones se caracterizan por estar divorciadas de su comunidad, en el primer caso; en el segundo y tercero, se trata de producciones que están en relación con su comunidad, pero escritas en inglés en la literatura del exilio y en español en el caso del afrorealismo.

Bajo esta categorización se puede comprender un salto cualitativo en las investigaciones y trabajos en torno a la literatura sobre negros. El ensayo de Sánchez (1971), por ejemplo, nos permite visualizar algunas de las novelas que en el siglo XX han dado cuenta de la temática afrodescendiente en el istmo, a través del análisis que el autor hace de las novelas *Mamita Yunai* y *Gentes y gentecillas* de Carlos Luis Fallas y algunas obras de Joaquín Gutiérrez Mangel, como las novelas *Puerto Limón*, *Manglar* y el cuento “Cocorí”. Luego, Sánchez menciona a otros escritores, como José León Sánchez, Fabián Dobles, Abel Pacheco y Quince Duncan, sin diferenciar su origen étnico y sin analizar sus obras más detenidamente (en algunos casos sólo las menciona). Se trata, por lo visto, de un ensayo que trabaja con un corpus de literatura sobre negros que es exógena y en donde no hay una preocupación específica por las producciones de autores afrodescendientes. Esto cambia con el tiempo, por ejemplo, en los trabajos de Rossi, Mosby y el mismo Duncan, treinta años más tarde.

En el ensayo de Rossi “El corazón del desarraigo: la primera literatura escrita afrocostarricense”, la autora parte señalando:

En el presente artículo queremos demostrar que en los periódicos en inglés de la primera mitad del siglo XX en Limón, Costa Rica, publicados por y para los afroantillanos residentes en dicho lugar, está la primera literatura escrita afrodescendiente en Costa Rica. (477).

Se trata de ensayos y poesía en los que se discutían diversos temas, algunos de ellos relacionados con el conflicto identitario que se generaba por el hecho de vivir, trabajar y pertenecer a un lugar que no los reconoce como propios. Rossi destaca las producciones de autores como Samuel Charles Nation y Dolores Joseph, entre otros.

En el ensayo de Mosby al que ya me he referido, destaca el trabajo de June Beer, de Bluefields en Nicaragua; de Gerardo Maloney de Panamá; y el de Shirley Campbell de Costa Rica. En el ensayo de Duncan, destaca Gaspar Octavio Hernández de Panamá, Alderman Johnson de Costa Rica y de nuevo Dolores Joseph, de ascendencia costarricense y panameña.

Estos ensayos además de ser reflejo de la preocupación actual por establecer arraigos étnicos autoriales, permiten visibilizar una trayectoria de la literatura afrocentroamericana y de sus escritores/autores/intelectuales que al menos se remonta al siglo XIX. Y es en este punto en donde es posible considerar el proceso común que vincula a escritores/autores/intelectuales afrocentroamericanos con los indígenas, pues la dificultad de asumirlos como parte del campo literario tiene un mismo origen. Al respecto, Duncan sentencia:

En forma sistemática, los estudiosos de la literatura han invisibilizado a los autores afrocentroamericanos. No han considerado que esta dimensión de la literatura sea digna de estudiarse, pues la han ignorado en forma deliberada en su obra [...] A lo largo y ancho de América Latina, la producción literaria afrolatina permanece oculta, esperando ser “descubierta” por los grandes gurús. Con contadas excepciones como Nicolás Guillén, no han sido incorporados en el canon literario, a pesar de los indudables méritos de algunos de los escritores y de reconocimientos en el plano internacional. (“Corrientes literarias” 513).

La cita de Duncan revela una discriminación en el campo literario e intelectual que es compartida por los escritores/autores/intelectuales indígenas. ¿Por qué ocurre esta situación con autores que tienen o declaran un origen étnico particular? Parte de esta respuesta ha sido esbozada aquí y el diagnóstico –la existencia de prácticas de exclusión por racismo– es considerada por varios de los investigadores citados en este trabajo. Es por ello que cuando

hablamos de literaturas indígenas y afrodescendientes es necesario considerar la autoría de estas obras y sus mecanismos de publicación, difusión y recepción.

Particularmente, la posibilidad de avanzar hacia una historiografía de la literatura afrocentroamericana permitiría en el campo literario e intelectual, consolidar esfuerzos que actualmente se encuentran aislados, a la vez de posicionar los aportes en estos ámbitos. Por cierto que lo existente es en sí mismo una gran contribución, puesto que ha sentado las bases para un proyecto mayor. No obstante, la visibilización está inconclusa, pues faltan períodos por investigar, y sobre todo, corpus de producciones literarias por vincular.

Conclusiones

Al llegar a este punto, me gustaría reflexionar sobre tres aspectos comparativos entre literaturas indígenas y afrocentroamericanas: el problema del idioma, el estado actual de ambas literaturas en el espacio centroamericano y la utilización de los conceptos “indígenas” y “afrocentroamericanos” como una reivindicación identitaria e intelectual.

El idioma utilizado en estudios sobre estas literaturas es un aspecto problemático que cruza varios niveles investigativos: los materiales de base ¿se leen en su idioma original?; las citas textuales que se incluyen en los análisis, ¿se deben traducir desde el documento original?; y, finalmente, el análisis resultante de la investigación ¿en qué idioma debe hacerse? Estas preguntas no sólo obedecen a cuestiones de orden metodológico, sino a opciones que se insertan en relaciones de cultura/poder. En Centroamérica la mayoría de la población habla el castellano, sin embargo hay grupos indígenas que aún conservan sus idiomas e incluso algunos no hablan la lengua dominante; y en el caso afrocentroamericano, el uso del inglés y de *creole* es extendido, de modo que la diversidad lingüística del istmo es amplia, lo que dificulta la toma de decisiones en este ámbito, ya que siempre involucrará una exclusión. Ahora bien, en lo que hemos revisado, la opción por utilizar el español en varios de los niveles investigativos mencionados parece ser la

tendencia, ¿cómo interpretar esa opción cuando el castellano es el idioma de prestigio instalado por los grupos dominantes?

Valeria Grinberg Pla en su ensayo “¿Complejo de negro? Ensayo sobre *El negro en Costa Rica* de Quince Duncan y Carlos Meléndez”, observa que este texto está dirigido a la mayoría criolla y mestiza, y más aún enfatiza que Duncan se sitúa discursivamente en ese lado, estableciendo una distancia con el negro al cual estudia. Pero la autora interpreta esta posición como una estrategia reivindicativa en la que se demuestra su reclamo por ser parte de una totalidad que no es homogénea, pero que comparte procesos históricos que los vinculan. Al respecto, la autora señala:

Lejos de renegar de su condición étnica, de su cultura, sus lenguas y su historia, lo que Quince Duncan está haciendo es apropiarse de la nacionalidad costarricense, para hablar desde el espacio de poder que ésta le confiere, del mismo modo que está usando la lengua española y la industria editorial para transmitir sus ideas en tanto que intelectual negro descendiente de jamaíquinos y no obstante identificado con la nación costarricense. (S.p., párr. 15).

Esta idea, de principio “calibanezco”, incluso es considerada por Antonio Cándido:

Todos sabemos, sin necesidad de citar a Fanon, que cuando dominamos el lenguaje del conquistador empezamos a poder conquistar al conquistador. Esto, desde mi punto de vista, es el hecho central de la literatura en América Latina. (169).

Desde el punto de vista comparativo, parece que justamente ese es el argumento que suele estar detrás de las literaturas indígenas, aunque en los últimos años se han publicado textos bilingües de autores indígenas. En el caso afrocentroamericano, este argumento pareciera no ser muy extendido y la tendencia es considerar ambas lenguas, español e inglés, en las publicaciones de investigaciones. En el caso de publicaciones de textos de autores afrocentroamericanos, entiendo que pocos autores han publicado en español.

La segunda inquietud planteada tiene relación con el estado actual de ambas literaturas, que en parte ya ha sido esbozado en este trabajo. Si hoy revisamos las historiografías literarias encontramos que lo indígena está mucho más situado en el campo literario, ocupa un lugar destacado y desde hace mucho más tiempo que lo afrocentroamericano. Pese a que el trabajo de Magda Zavala y Seidy Araya es pionero en muchos sentidos, lo cierto es que hay antecedentes a nivel nacional y hay una preocupación por estas literaturas desde tiempos coloniales. Esto me parece que de algún modo explica la posibilidad, tal como lo hacen las autoras, de trabajar con un corpus heterogéneo, históricamente diverso, que permite múltiples categorizaciones y que de alguna manera es, sino legitimado en parte, al menos conocido. En el caso de las literaturas afrocentroamericanas, el estado de avance es mucho menor y tiene un carácter fragmentado. En ese sentido creo que la etapa de “inexistencia o invisibilización” está en buena medida superada, pero inconclusa. Por ejemplo, autores y textos de Belice no parecen ser incluidos todavía, aunque son considerados parte de la región; al contrario de lo que sucede con autores y producciones panameñas. Además, buena parte de las literaturas conocidas responden al proceso migratorio del Caribe a Centroamérica que conformó a una parte de los afrocentroamericanos de hoy, pero hay un vacío con respecto a los afrodescendientes y sus trabajos literarios de tiempos coloniales.

El tercer punto tiene que ver con la conceptualización de estas literaturas y con la posible traba que esta definición pudiese implicar en su plena inserción al campo literario y a historiografías literarias generales. ¿Por qué estas literaturas llevan el “apellido” de indígenas y afrocentroamericanas? Esta marca ¿es todavía un signo de marginación o más bien buscan establecer diferencias de orden cultural o político, más que de poder? Y si hablamos de literaturas indígenas y afrocentroamericanas y admitimos una autoría que reconoce esa identidad étnica, entonces ¿podemos hablar también de escritores/autores/intelectuales indígenas y afrocentroamericanos? ¿O nuevamente estamos marginando al establecer ese énfasis? Y en el caso afrocentroamericano, el prefijo afro ¿no es una marcación que segrega o más bien busca acentuar una memoria histórica?

Estas preguntas difícilmente podrían zanjarse aquí, pues sería necesario investigar las implicancias de estas definiciones tanto para quienes las utilizan pero no se reconocen como parte de un grupo étnico, como para aquellos que se autocalifican como tales. Pese a esto, creo que el uso de este calificativo responde a un proceso más amplio, el de movimientos sociales de carácter étnico desplegado en la segunda mitad del siglo XX en el que se buscan reivindicaciones y se demandan derechos, siendo uno fundamental el reconocimiento de la diversidad.

Y es que parece haber coincidencia en el protagonismo que ambos grupos han tomado desde la segunda mitad del siglo XX y la creciente participación en tanto escritores/autores/intelectuales y la consideración de sus producciones en el campo literario e intelectual. El fenómeno autorial indígena, tal como lo señalan Zavala y Araya en el texto, estaría relacionado con los procesos del istmo y de América Latina en la segunda mitad del siglo pasado, los que les han dado un protagonismo y un claro lugar en el desarrollo de los movimientos sociales del fin de siglo. Para el caso afrocentroamericano, Duncan habla de un proceso similar y aunque destaca que la literatura negra centroamericana “no logró alcanzar el reconocimiento que merecía en el contexto centroamericano” (“Corrientes literarias” 523-524), sí da cuenta de un proceso global y de un espacio ganado:

En la segunda parte del siglo XX, después de las dos grandes guerras, luego de la revolución de los derechos civiles en Estados Unidos y las luchas contra el *apartheid* en Sur África, comienza a surgir en el contexto centroamericano una serie de movimientos importantes. Se eligen diputados y representantes ante los gobiernos locales. Se organizan movimientos de estudiantes y trabajadores afrodescendientes, y de base étnica. Por primera vez, los afrocentroamericanos comienzan a participar en eventos internacionales que tienen que ver con su cultura y la lucha contra la exclusión y la invisibilización. (“Corrientes literarias” 523).

Por cierto que lo que desencadena estos procesos tiene que ver con las particularidades de ambos grupos, pero la coincidencia del momento histórico en el istmo no es un dato menor y sin duda tiene que ver con sociedades que han hecho eco de sus reclamos. En ese sentido es necesario considerar que la utilización de indígena y afrodescendiente puede significar, cuando es

una denominación externa, el reconocimiento de una diferencia cultural; y cuando es autodenominada, el reconocimiento de una identidad, de una memoria y de una historia particular, transformando el concepto y su utilización en una reivindicación en sí misma.

Mientras estas nociones sigan dando cuenta de estas tensiones, probablemente sus literaturas sigan consignando estos apellidos; lo importante entonces es no pasar por alto la carga histórica que contienen y traducirla al plano literario e intelectual. Por lo pronto, pensar una historiografía literaria centroamericana que incluya autores y sus producciones de origen indígena y afrodescendiente sin la necesidad de esta categorización, debe seguir siendo deseable si el propósito es no reproducir exclusiones.

Bibliografía

Cándido, Antonio. “Literatura e historia”. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. México, D.F.: El Colegio de México, 1987. 68-173.

Chacón, Albino, coord. *Diccionario de la literatura centroamericana*. San José: Editorial Costa Rica, Editorial de la Universidad Nacional, 2007.

Cortez, Beatriz. “Racismo, intelectualidad, y la crisis de la modernidad en Centroamérica”. *Tensiones de la modernidad: del modernismo al realismo. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – II*. Eds. Valeria Grinberg Pla y Ricardo Roque Baldovinos. Guatemala: F&G Editores, 2009. 415-439.

Duncan, Quince. “Corrientes literarias afrocentroamericanas”. *Tensiones de la modernidad: del modernismo al realismo. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – II*. Eds. Valeria Grinberg Pla y Ricardo Roque Baldovinos. Guatemala: F&G Editores, 2009. 513-527.

Duncan, Quince. “La tradición oral afrocostarricense”. *El negro en Costa Rica*. Carlos Meléndez y Quince Duncan. San José: Editorial Costa Rica, 2005. 223-227.

Esquit, Edgar. “El nacionalismo guatemalteco del siglo XX: Asturias y *El problema social del indio*”. *Tensiones de la modernidad: del modernismo al realismo. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – II*. Eds. Valeria Grinberg Pla y Ricardo Roque Baldovinos. Guatemala: F&G Editores, 2009. 441-459.

Grinberg Pla, Valeria. “¿Complejo de negro? Ensayo sobre *El negro en Costa Rica* de Quince Duncan y Carlos Meléndez”. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 12 (enero-junio 2006).

<<http://istmo.denison.edu/n12/articulos/complejo.html>> (24 de marzo 2011).

Gudmundson, Lowell. “Africanos y afrodescendientes en Centroamérica”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (2009). <<http://nuevomundo.revues.org/57996>> (19 de junio 2011).

Mackenbach, Werner. “Introducción”. *Intersecciones y transgresiones: propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – I*. Ed. Werner Mackenbach. Guatemala: F&G editores, 2008. ix-xxix.

Meléndez, Carlos, y Quince Duncan. *El negro en Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 2005.

Mosby, Dorothy E. “‘Nuevos nómadas’: Negritud y ciudadanía en la literatura centroamericana”. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 16 (enero-junio 2008). <<http://istmo.denison.edu/n16/proyectos/mosby.html>> (24 de marzo 2011).

Oliva, Elena. *La negritud, el indianismo y sus intelectuales: Aimé Césaire y Fausto Reinaga*. Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos. Universidad de Chile, 2010.

Pizarro, Ana. “Delimitación del área”. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. México, D.F.: El Colegio de México, 1987. 21-31.

Rossi, Anacristina. “El corazón del desarraigo: la primera literatura escrita afrocostarricense”. *Tensiones de la modernidad: del modernismo al realismo. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – II*. Eds. Valeria Grinberg Pla y Ricardo Roque Baldovinos. Guatemala: F&G Editores, 2009. 477-511.

Sánchez, Álvaro M. “El negro en la literatura costarricense”. *El negro en Costa Rica*. Carlos Meléndez y Quince Duncan. San José: Editorial Costa Rica, 2005. 205-221.

Zavala, Magda, y Seidy Araya. *Literaturas indígenas de Centroamérica*. Heredia, Costa Rica: EUNA, 2002.